

CON LAS CEJAS LLENAS DE SAL – MANUELA QUIROGA

Cuando éramos niños decíamos una profesión nueva cada vez que un señor o señora se agachaba a hablarnos y nos preguntaba con voz impostada: ¿Y tú qué quieres ser de mayor? En un mundo lleno de preocupaciones, de números y gente agobiada, nunca se me ocurrió una buena profesión. Pues bien, después de mucho divagar, he descubierto que de mayor quiero ser un niño. ¿Por qué? Porque quién es más feliz que aquel que no se preocupa ni por el dinero, ni por el amor, ni por la muerte.

No, no hablo de aquellas terribles épocas de colegio, tampoco hablo de adolescencia –Dios me libre. Hablo de cuando tienes la certeza de que tus padres son los seres más extraordinarios del planeta. Esa seguridad en la que piensas que todo lo que tienes tú es lo mejor que te podía haber tocado. Cuando en verano ibas a la playa en un viaje interminable y dormías con el “run run” del coche. Confiabas ciegamente en tu padre, que era el mejor piloto de carreras de Europa, y cuando despertabas le animabas a adelantar al de al lado. En cuanto llegabas a tu destino —reconocible por ese curioso, aunque no desagradable, olor a humedad— rápido te ponías el bañador para bajar a la playa, entonces tocaba esperar a los mayores y contener tus ansias irrefrenables de mar.

Veías la arena de lejos, enloquecías y corrías a por ella queriendo besarla cual naufrago que avista tierra, pero a la inversa: cual urbanita que avista el mar. Cuando llegabas por fin, tocabas la arena y exclamabas “¡Quema! ¡Quema! ¡Quema!”, regresabas a los tablones de madera resacos y analizabas tus opciones: o ponerte las chanchas e ir despacio hasta donde tus padres pusieran la sombrilla, o correr descalzo hasta la orilla. Obviamente, a no ser que tu madre se adelantara a tus pensamientos, elegías la segunda opción. Cual indio apache te lanzabas a tu misión y cuando alcanzabas la orilla te esperaba esa maravillosa sensación de agua fría en los pies. Casi parecía que salía vapor de ellos.

Te hacías amigo de un extraño con los mismos intereses que tú: alguien al que no le importase el agua fría y no tuviese miedo de parecer una croqueta. Entonces no te importaba ni su religión, ni su sexo, ni sus inclinaciones políticas, entre otras cosas porque ni siquiera sabías qué era un partido político. En aquel instante, la felicidad era truncada por aquella terrorífica frase: “¡Ven aquí que te echo crema!”. En ese momento, sabías que la sal del mar, la arena y el protector solar se unirían para formar la pesadilla de cualquier

niño en vacaciones, pero no era eso lo peor, lo peor era tener que esperar para volver a meterse al agua y no digamos después de comer.

La orilla se convertía en un campo de batalla en el que tú eras el héroe y de tanto estar en remojo se te quedaban los dedos arrugados. Cuando terminaba tu jornada como soldado y a pesar de tu negativa –pataletas varias y un intento de meterse al agua– tocaba volver a casa. La sal se quedaba enredada en tus cejas y cuando te frotabas los ojos, escocían.

Eras el primero en ducharte y mientras esperabas, te quedabas ojeando algún cómic, dibujando o molestando a quien ya se había lavado. Si no estabas tan cansado que te sentabas en una silla de terraza de plástico y, cuando te levantabas, tenías la marca del trenzado en las piernas. Alguien preparaba la cena, otro ponía la mesa y otro alguien encendía la tele. No eran ruidos molestos, todo lo contrario, lo único que podría estropear esa atmosfera pacífica de aturdimiento tras aquella jornada de playa era el silencio. Ese cansancio placentero, propio de las tardes de verano, se combinaba a la perfección con el son de fondo de tu familia.

Luego, con el pelo mojado, cenabas lo que hubiera: el atún que había preparado la tía Mari, un sándwich, o – en el peor de los casos– una tortilla francesa. Después de mucho charloteo, bromas y tal vez alguna partida al mentiroso, te metías en la cama. Dabas unas vueltas, comenzabas con el “tengo sed” o el dilema de cada noche: “¿Será mejor dejar que me piquen los mosquitos o taparme y morir de calor?”. Finalmente, bebías agua, echabas un buen “flis flis” del spray de citronela, encendías el ventilador y te quedabas dormido viendo como daba vueltas en el techo.

Yo de mayor quiero ser un niño, porque mi sueño no tiene que ver con profesiones, ambiciones grandes o la necesidad de mucho dinero. Mi sueño está en las vacaciones de verano de cuando tenía dientes de leche. Cuando no me planteaba la existencia porque era muy sencilla: jugar, querer y dejarme querer. Cuando no me importaba la religión, el sexo o la inclinación política. Cuando el miedo estaba en las películas y no el telediario. Cuando mi mente no estaba manchada de prejuicios y preocupaciones de adulto amargado. Cuando el mundo era amable.

La vida da muchas vueltas y cuando me mareo, yo regreso a mi silla de plástico, con las cejas llenas de sal, los dedos arrugados y los ruidos de mi familia.